

Rachid y la Princesa encantada

Javier Caraballo



Ilustraciones: Juan Lamas Rodríguez

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS
Alcalá de Guadaíra 2003

Editorial Guadalmena

**COLECCIÓN DE CUENTOS NAVIDEÑOS
DE LA
ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS
DE
ALCALÁ DE GUADAÍRA**

I (1997)

La princesa del lunar

Texto: Antonio Rodríguez Almodóvar

Ilustraciones: Isidoro Villalba Corzo

II (1998)

Germán, el pequeño mago

Texto: Ignacio de Loyola Ríos Cañavate

Ilustraciones: José Martínez Recacha

III (1999)

Las historias del abuelo

Texto: Francisco García Rivero

Ilustraciones: Francisco Barranco García

IV (2000)

Juan el cascarrabias

Texto: José Antonio Francés González

Ilustraciones: Francisco Javier García Jiménez

V (2001)

El país de los juguetes

Texto: Alberto Mallado Expósito

Ilustraciones: M^a Luisa Araújo Florindo

VI (2002)

El Dragón y los Reyes Magos

Texto: José Manuel Campos Díaz

Ilustraciones: Javier Hermida Ruiz

VII (2003)

Rachid y la Princesa encantada

Texto: Javier Caraballo

Ilustraciones: Juan Lamas Rodríguez



Esta edición se distribuye gratuitamente entre los niños y niñas alcalaíes por gentileza de la Asociación de Amigos de los Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra



© Edición: Asociación de Amigos de los Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra

© Texto: Javier Caraballo

© Ilustraciones: Juan Lamas Rodríguez

Edita: Editorial Guadalmena S.L.
C/. Vicente Aleixandre, 1
41500 Alcalá de Guadaíra (Sevilla)
Tif.: 95 410 01 63

ISBN: 84-86448-85-9

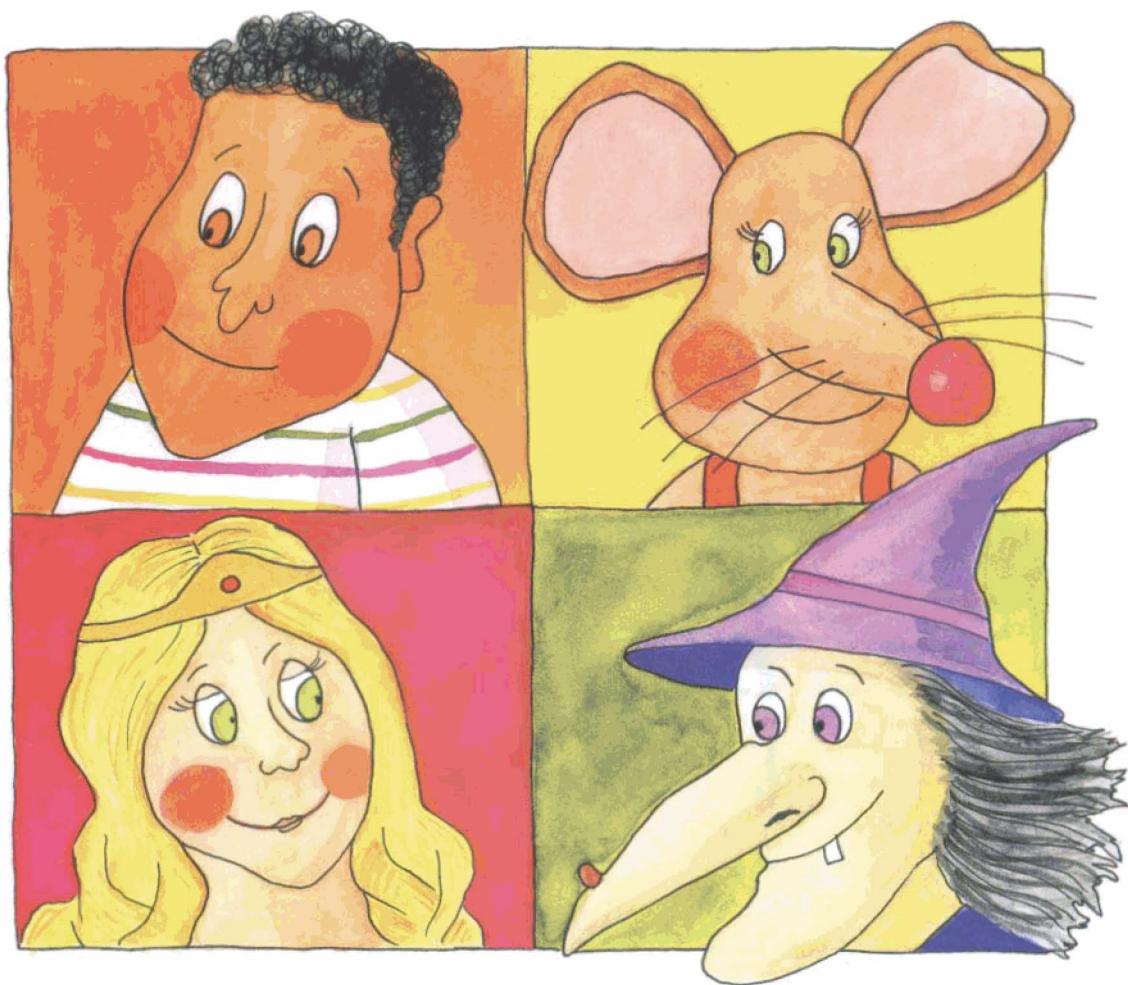
Depósito Legal: SE-4438-03

Imprime: Egos Impresores S.L.
Pol. Ind. El Pino, C/. Pino Carrasqueño • Nave 25-26
41016 Sevilla
Tif.: 95 425 57 90

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo de los autores.

Rachid y la Princesa encantada

Javier Caraballo



Ilustraciones: Juan Lamas Rodríguez

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS
Alcalá de Guadaíra 2003

Editorial Guadalmena



Erasede una vez un niño bueno, una bruja mala y una princesa encantada.

El niño se llamaba Rachid, un marroquí de ojos color de miel, el pelo negro y rizado, y la piel cetrina. Cuando alguien le preguntaba por sus padres, Rachid solía mirar al cielo y señalar a las estrellas. Luego bajaba la mirada y susurraba que era hijo de la desgracia, que nunca conoció a sus padres porque un día, cuando él era solo un bebé, murieron ahogados al hundirse en el mar la barquita en la que intentaban llegar a España. Huían del hambre y se los tragó la furia del mar. Rachid sobrevivió milagrosamente, agarrado al pecho de su madre, y así lo encontraron unos pescadores cuando se lo arrancaron a las olas del mar y lo llevaron hasta la orilla. Lo adoptó una modesta familia de Alcalá, que vivía en una granja cerca del río Guadaíra.

Rachid, a punto ya de cumplir los quince años, se levanta temprano cada mañana y, con una carretilla, atraviesa canturreando las calles:

-¡Vendo tomates, vendo pimientos y lechugas! Mire, señora, que son los mejores... También llevo naranjas...

-Ven aquí Rachid, a ver qué nos traes hoy. ¿De dónde son estas naranjas? -le dice una vecina, agarrando la escoba entre las dos manos, en medio de la acera.

-Son de la huerta de Los Cercadillos, señora Mercedes. Y están tan jugosas que cada bocado le llenará la boca. Mire, mire, parecen de caramelo, -contestó Rachid, acercándole una de las naranjas más relucientes del cesto.

Desde El Duque hasta El Barrero, desde El Derribo hasta El Zacatín, nadie como Rachid conocía el pueblo.

Todos los días, anda que te anda, con su carretilla de frutas y verduras. Y otras veces, con una cántara de leche recién ordeñada, iba de puerta en puerta cantando alegre su mercancía. Rachid conocía a todos en el pueblo, y todo el mundo lo conocía a él. Pero lo que nadie podía imaginar es que Rachid guardaba un gran secreto.

Todas las tardes, cuando terminaba de ayudar a sus padres en la granja, Rachid cogía la merienda y se iba corriendo a su escondite: el interior de uno de los molinos del río.



-¿Renata, estás ahí? Venga, que ya he llegado, -dijo Rachid al entrar sigilosamente en el molino.

De una pequeña cueva, en una esquina del molino, salió entonces una ratita de color canela. No era una ratita cualquiera. Renata, que así se llamaba, caminaba, con aire presumido, sobre sus dos patitas traseras, y tenía un delantal rojo. Tan rojo tan rojo como su nariz respingona y grandota, con la que salía olfateando, moviendo los bigotes. Cuando lo veía, Renata se ponía tan contenta que, de un salto, se subía a la palma de la mano de Rachid, y le brillaban de alegría sus ojillos, verdes como dos aceitunas diminutas.



- ¡Rachid! Qué contenta estoy de que hayas llegado tan temprano. Ya sabes que cuando se acerca la Navidad me pongo muy triste... Y todo el día me lo paso pensando en cuándo llegarás, -dijo Renata, mientras dejaba que Rachid le acariciara suavemente con la yema de los dedos.

-Pues ya me tienes aquí, Renata. Y te traigo una sorpresa de las que a ti te gustan, -le dijo Rachid, poniendo cara de interesante.

-A ver, a ver, déjame que adivine, -dijo Renata moviendo su nariz de color cereza-. Por lo que me dice mi narizota, se trata de una sorpresa dulce. ¿Verdad?

-Caliente, caliente -le contestó Rachid--. Tienes un buen olfato, sigue adivinando...

-Veamos, es dulce, muy dulce, de marrón oscuro, pero viene envuelto en algo blanco y esponjoso como la panza de un burro..., -añadió Renata, que no dejaba de encoger la nariz olfateando el aire. -¡Es pan con chocolate, mi merienda preferida!

-Muy bien, muy bien, has acertado, -exclamó Rachid, y sacó de su zurrón un pedazo de pan y varias onzas de chocolate-. Venga, y ahora vamos a merendar. Este para ti, y éste para mí.

-Bien, ¿y ya no me traes más sorpresas? Esta ha sido fácil de adivinar, -preguntó Renata después de darle un buen bocado al chocolate.

-Claro que sí, Renata. Pero no es una sorpresa, sino una leyenda. Me la ha contado mi amiga Blanca, la viejecita del puente de la que te he hablado otras veces. ¿O es que no te acuerdas de las veces que me ha dado nueces y avellanas?

- ¿Cómo no me voy a acordar? Las nueces y las avellanas me gustan tanto como las historias que me cuentas cada tarde. Venga, venga, empieza ya -dijo Renata impaciente.

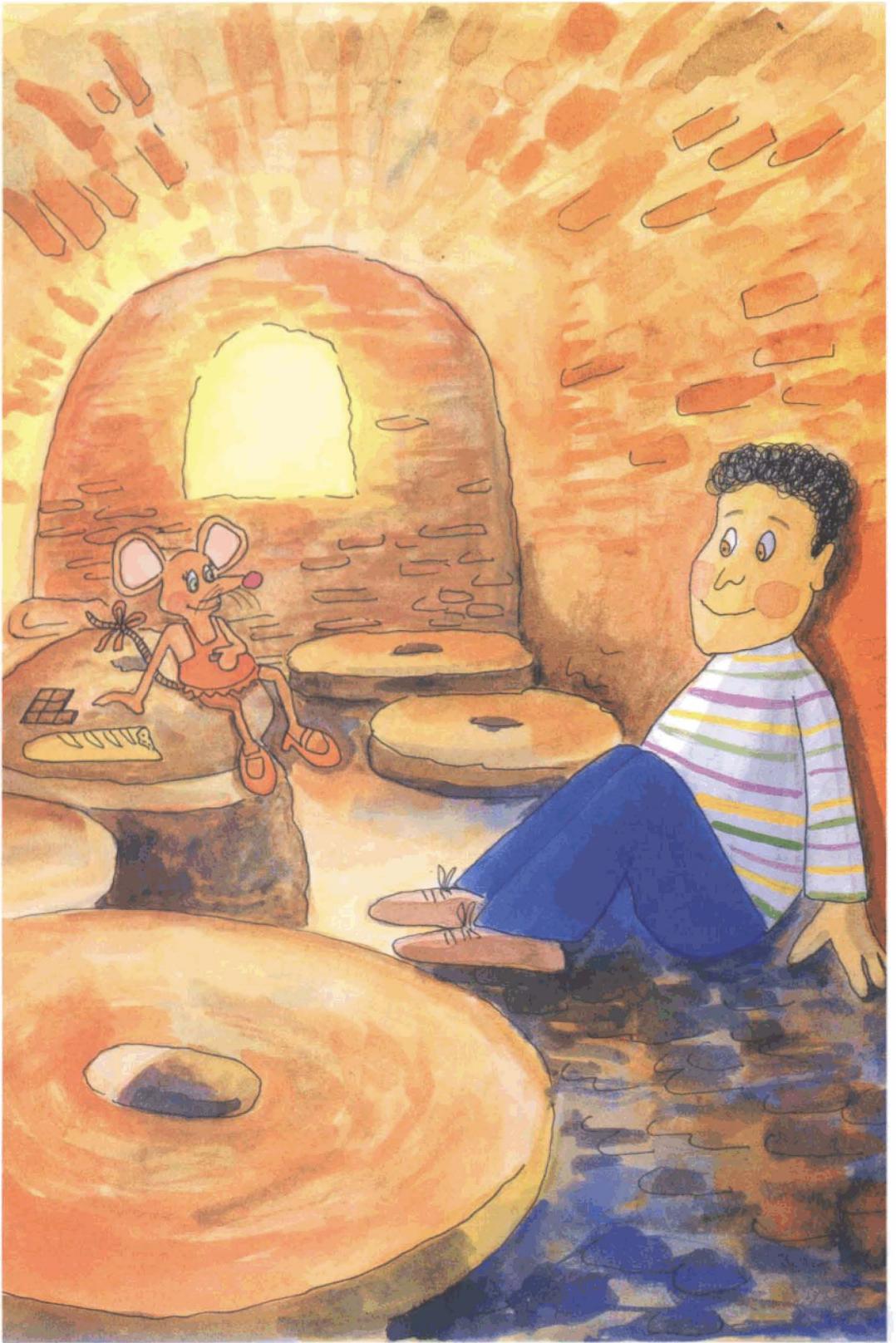
-Bien, pues dice mi amiga Blanca que hace ya mucho, mucho tiempo, vivía en el Castillo de Alcalá un Rey malo, el Rey Cástulo, que tenía atemorizado a todo el pueblo. Los niños pasaban hambre por culpa de aquel Rey avaricioso que esclavizaba a los hombres y mujeres, y no les daba para comer más que unos mendrugos de pan. Era un Rey sin Reina, un reino triste sin príncipes ni princesas. Vivía solo en el Castillo en compañía de la Bruja Olegaria. Un buen día, llegó al Castillo el Rey de las Cosas Sencillas, y se espantó al ver tanta miseria en la gente. "¿Cómo puedes tener a tu pueblo esclavizado y hambriento, Rey Cástulo?", le dijo enfadado.

En el silencio del molino, las palabras de Rachid retumbaban en el eco de las esquinas, se ahuecaban, y daban susto sin pretenderlo. Renata había acabado ya su trozo de pan con chocolate y se movía inquieta, de una mano a otra de Rachid, buscando siempre una caricia de sus dedos.

El pequeño Rachid parecía entusiasmado con su relato.

-A lomos de su caballo -continuó diciendo Rachid-, el Rey de las Cosas Sencillas venció en un combate al malo de Cástulo y encerró a la Bruja Olegaria en una cueva oculta debajo del Castillo, de la que nunca más volvió a salir. Lo peor, Renata, es que esta historia no tiene un final feliz. Porque el Rey de las Cosas Sencillas consiguió destronar a Cástulo, y devolvió la felicidad al pueblo, pero la Bruja Olegaria, antes de que la encerraran en el Castillo, lo maldijo: "Llorarás el resto de tus días", le dijo la Bruja. El Rey de las Cosas Sencillas no le prestó atención a aquella vieja bruja, y regresó tranquilo. Casi se había olvidado ya de la maldición cuando, al llegar a su palacio, se dio cuenta, desesperado, de que no estaba su hija, la Princesa. ¿Y sabes qué, Renata?

Cuenta la leyenda, que la Bruja Olegaria había hechizado a la Princesa y la hizo desaparecer...





Lo que no advirtió Rachid cuando terminaba de contar su historia es que Renata se había quedado inmóvil, y que una lágrima comenzó a deslizarse suave por su nariz, hasta el hocico.

-¿Por qué lloras, Renata?, -preguntó Rachid desconcertado.

-Lloro, Rachid, porque yo soy la princesa a la que hechizó la Bruja Olegaria. Con su hechizo, ella me convirtió en lo que soy, en una ratita. No pasa el tiempo por mí, y eso es lo peor de la maldición: Vivir eternamente como ahora. Perdóname, Rachid, nunca te lo había contado, porque no sabía si te asustarías... Y tú eres mi mejor amigo en este mundo.

Los dos enmudecieron. Se quedaron un largo rato sin mirarse siquiera, con Renata acurrucada en el hueco de la mano de Rachid. El silencio frío del anochecer traía un eco lejano de villancicos que anunciaban la Navidad y un perfume, triste y melancólico, de alhucema y cisco.

-Renata -dijo al fin Rachid-, ningún hechizo es eterno. ¡Estoy seguro de que habrá alguna forma de romperlo! Yo quiero que tú vuelvas a ser la Princesa de las Cosas Sencillas. Ya se me está ocurriendo un plan, pero te lo contaré todo mañana, que es tarde y mis padres se van a preocupar.

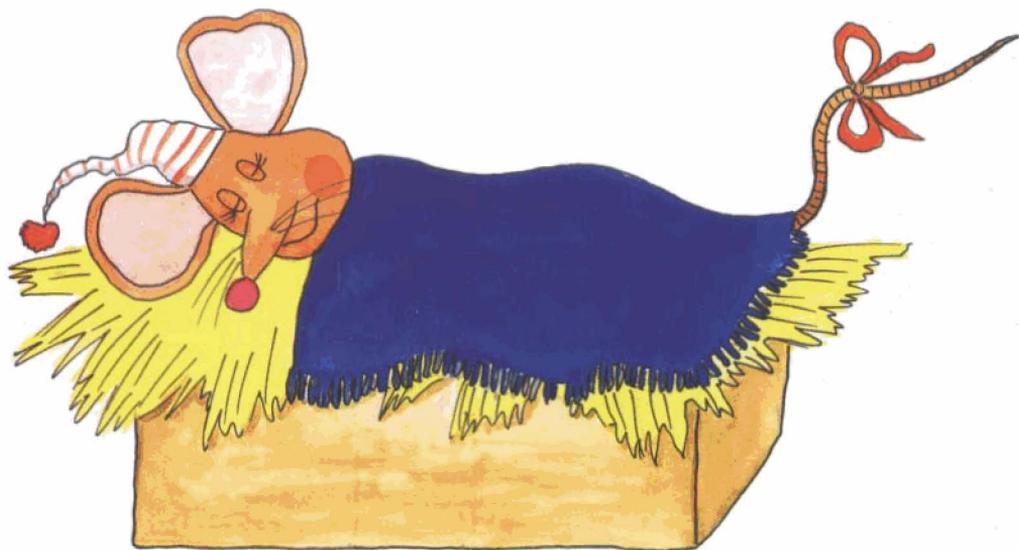
Con el sigilo de siempre, Rachid abandonó su escondite secreto, mirando bien a todos los lados del molino, para que nadie lo descubriera. Al salir, encajó las tablas de una ventana y, por una rendija, se despidió de Renata.

-Duerme tranquila, amiga. Que tu amigo Rachid nunca te abandonará.

A la mañana siguiente, Rachid se fue a ver de nuevo a su amiga Blanca, la viejecita del puente. Quería saber más de toda aquella historia. Quería saber si la Bruja aún estaba encerrada en la cueva de debajo del Castillo, y quería saber, sobre todo, cómo podía llegar hasta ella.

-Claro que se puede entrar, mi niño valiente -le contestó la viejecita-, pero para llegar hasta la bruja te hará falta algo más que valor. A la cueva de la Bruja Olegaria se llega a través de las galerías subterráneas que existen en Alcalá. Ya te hablé una vez de ellas. ¿Te acuerdas?.

- Por supuesto que me acuerdo -exclamó Rachid-. Por eso, me contaste un día que la calle principal de Alcalá se llama La Mina, por esas galerías que se parecen a las de una mina de carbón.

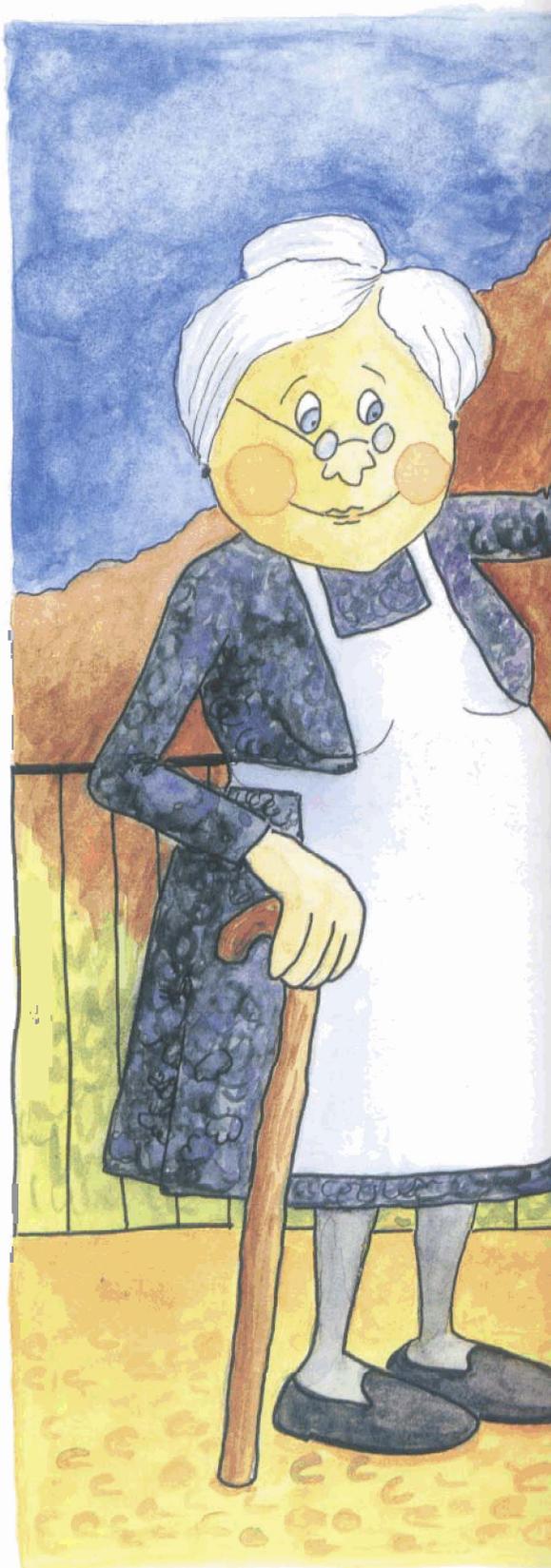


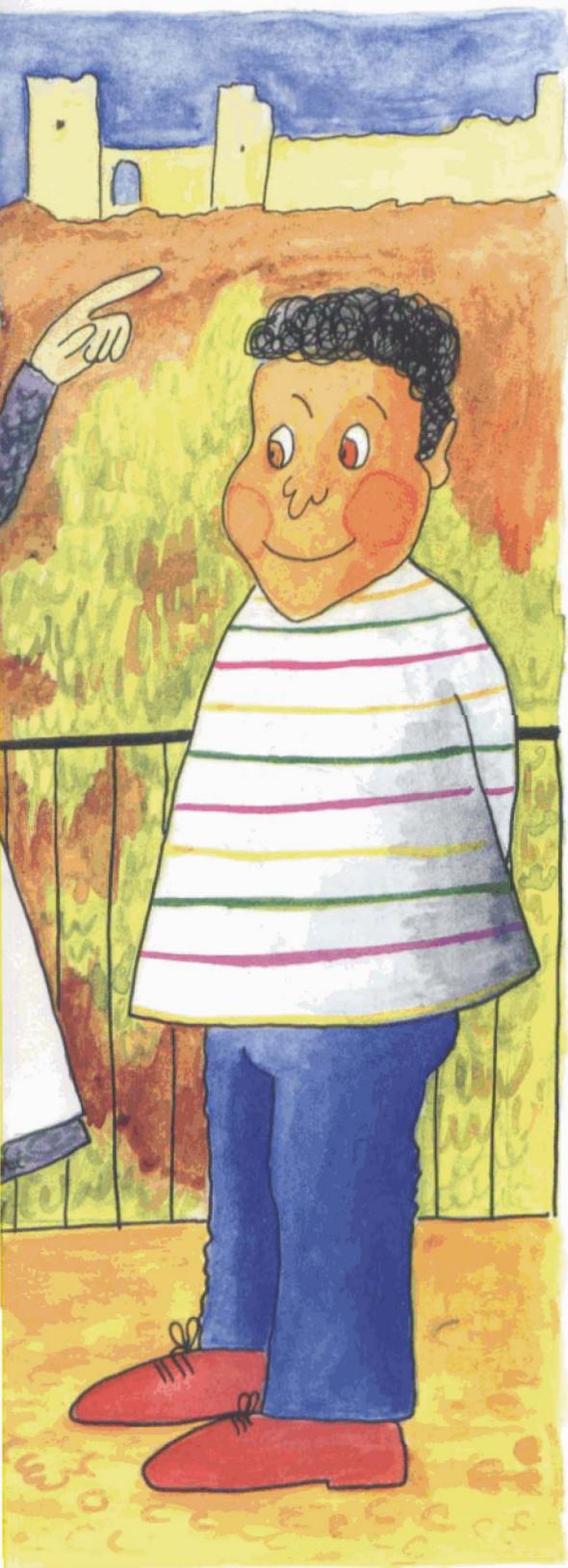
-Sí, sí, pero, si vas a entrar en las galerías, ten mucho cuidado, Rachid. Y recuerda muy bien lo que te voy a decir: Para llegar a la Bruja no hace falta valor, sino bondad. Para vencer a tu enemigo necesitas cargarte de amor, no de violencia. Recuérdalo bien.

Los siguientes días los pasó Rachid estudiando cada tarde cuál era la mejor entrada para los túneles, pero sin desvelar su secreto. Como conocía a todos en el pueblo, a todos les preguntaba por las entradas que había para las galerías. Algunas veces, incluso, se iba por las calles con Renata oculta en el zurrón, asomando sólo un poco la cabecita para que nadie la descubriera. Así supieron, por ejemplo, que feroces guardianes impedían llegar hasta la cueva de la Bruja Olegaria a todo el que lo intentara. Aquellos guardianes mantenían a la bruja encerrada debajo del Castillo para que nunca volviera a hacerle el mal a la gente, como en los tiempos del Rey Cástulo.

-Ay, Rachid, me da miedo nada más que pensarlo... ¡Nunca llegaremos hasta la Bruja para descubrir el secreto de mi hechizo! -le decía Renata, desconfiada.

-Ya verás como todo sale bien. Ya me dijo la viejecita del puente que lo principal no es el valor... -contestó Rachid.





Cuando ya lo supieron todo de los túneles, Rachid se apresuró un día con la tarea de la granja, y se presentó temprano en el molino. Iba con el zurrón más cargado que de costumbre para enfrentarse a la aventura. Pero Rachid no metió en el zurrón armas para pelear, sino todo lo contrario. Lo llenó de su merienda favorita, pan con chocolate, y también de frutas confitadas, una de las cosas que más le gustaban de la Navidad. Especialmente las naranjas agrias, recubiertas por el hielo dulce del azúcar.

Entre onzas de chocolate y naranjas escarchadas se acomodó Renata, y ambos salieron en dirección al viejo teatro de la calle La Mina, donde le habían dicho a Rachid que estaba la mejor entrada a aquellos pasadizos subterráneos que conducían al interior del Castillo.

Por la puerta oculta de uno de los laterales del teatro, descubrieron la entrada de la que les habían hablado. Tomaron unas antorchas y comenzaron a descender por una escalera húmeda de piedra hasta llegar a los túneles. Rachid, que se conocía bien todo el pueblo, no se perdía nunca. Aunque estaban debajo de tierra y todo estaba oscuro, siempre sabía en qué dirección estaba el Castillo, y qué túnel tenían que coger cuando las galerías se cruzaban unas con otras. Estuvieron andando durante mucho tiempo hasta que, de repente, el pasadizo se ensancho.



-¿Quién anda por ahí?, -rugió desde una esquina un extraño animal, con cara de serpiente, cuerpo de dragón y garras de león.

Atemorizada, Renata se escondió de un brinco en el fondo del zurrón, debajo de todas las frutas confitadas. Rachid, sin embargo, con una sonrisa, se acercó tranquilo hasta él.

-¿Pero, es que no sabes a dónde vamos? Como es Navidad, hemos venido a visitar a todos los habitantes de las galerías. No queremos hacerte nada malo, venimos a jugar contigo. Pero antes prueba este chocolate y esta fruta, que seguro que hace años que no tomas nada igual -le dijo Rachid.

El dragón inclinó su cabeza, y comenzó a comer de la misma palma de la mano de Rachid. Tal y como le había dicho la viejecita

del puente, era la bondad la que lograba vencer a los guardianes de los túneles.

Si hubiera usado la fuerza, aquel dragón de cabeza de serpiente, hubiera engullido a Rachid de un solo bocado. Sin embargo, los tres acabaron jugando a la rueda, en un rellano de la galería:

-A la rueda churumbe-él, quien se ría va al cuarte-él, una vieja se rio-ó... -cantaban los tres, burlones, señalando la galería que conducía a la cueva de la Bruja cuando decían la palabra "cuartel".

Jugaron y jugaron hasta que, pasado un buen rato, Rachid y Renata se despidieron de él. Antes de seguir su camino, el dragón con cabeza de serpiente les habló del siguiente guardián de las galerías, el perro de las dos cabezas. "Con el perro no vale el valor ni la bondad, sino la risa", les había contado.





Y Rachid, que conocía todos los chistes que se contaban en el pueblo, se pasó un largo rato ante aquel perro de dos cabezas, que tenía una apariencia temible, con babas que le resbalaban por los colmillos, pero que se revolcaba en el suelo cada vez que alguien lograba hacerlo reír. Renata, muerta de miedo, no le daba crédito a lo que estaba viendo por un agujerito del fondo del zurrón. Sin armas ni peleas, Rachid iba venciendo a todos los guardianes. Los más feroces monstruos que nadie pueda imaginar.

Al fin, el perro de las dos cabezas, les señaló el camino de la cueva de la Bruja Olegaria. "Puedes hablar con la bruja cuanto quieras, pero nunca la mires a los ojos porque te hechizaría", le explicó el perro de las dos cabezas. "Y, por supuesto, no te acerques a la reja ni abras nunca la puerta".

Al llegar a la cueva de la Bruja Olegaria, Rachid se colocó mirando a la pared, siguiendo las indicaciones del perro.

-¿Dónde estás Bruja, que quiero hablar contigo? -dijo Rachid, pero la Bruja Olegaria, como no la miraba a la cara, ni siquiera le contestaba.

-Déjame a mí, Rachid, que yo sí podré mirarla a la cara. A mí ya me ha hechizado, y nada más podrá hacerme -dijo de repente Renata.

Saltó del zurrón al suelo, y vio a la bruja, en un rincón de la cueva.

-Je, je je, tú debes ser la hija de ese Rey tonto, que me encerró aquí dentro, je, je je. Dime, dime, qué quieres, ¿para qué has venido? -le preguntó la Bruja Olegaria mientras se rascaba con sus largas uñas la enorme verruga de la nariz.

-Tú me has hechizado, bruja mala -le dijo Renata impetuosa y enfadada-. Quiero que me devuelvas a mi estado normal, quiero volver a ser una niña... Para eso hemos venido. Han pasado ya muchos años y...



-... Eso es muy sencillo -le interrumpió la bruja-. Si quieres acabar con el hechizo, ayúdame a salir de esta cueva y cuéntame cómo puedo librarme de los guardianes. Cuando estemos de nuevo en plena calle, te liberaré de ese cuerpo de ratita.

-Eso nunca, eso nunca... Si vuelves al pueblo, otra vez esclavizarás a la gente y le mandarás enfermedades, bruja mala -contestó Renata.

-Pues entonces, vete de aquí. Seguirás con cuerpo de rata hasta que alguien muy rico, muy rico, renuncie a toda su fortuna por ti... Je, je, je, ¿Y quién va a querer a una rata? je, je, je -se reía la bruja Olegaria.

Rachid y Renata abandonaron tristes las galerías. Se despidieron de los guardianes, que ya eran sus amigos, y volvieron otra vez al molino.

-Les he dicho a mis padres que esta noche iba a dormir en la casa de la viejecita del puente, que está muy sola, pero, después de lo que nos ha pasado, creo que es mejor que te acompañe y que me quede a dormir contigo en el molino -dijo Rachid.

Casi no hablaron al llegar. Renata se acunó triste en su cajita de paja y Rachid se acomodó a su lado.

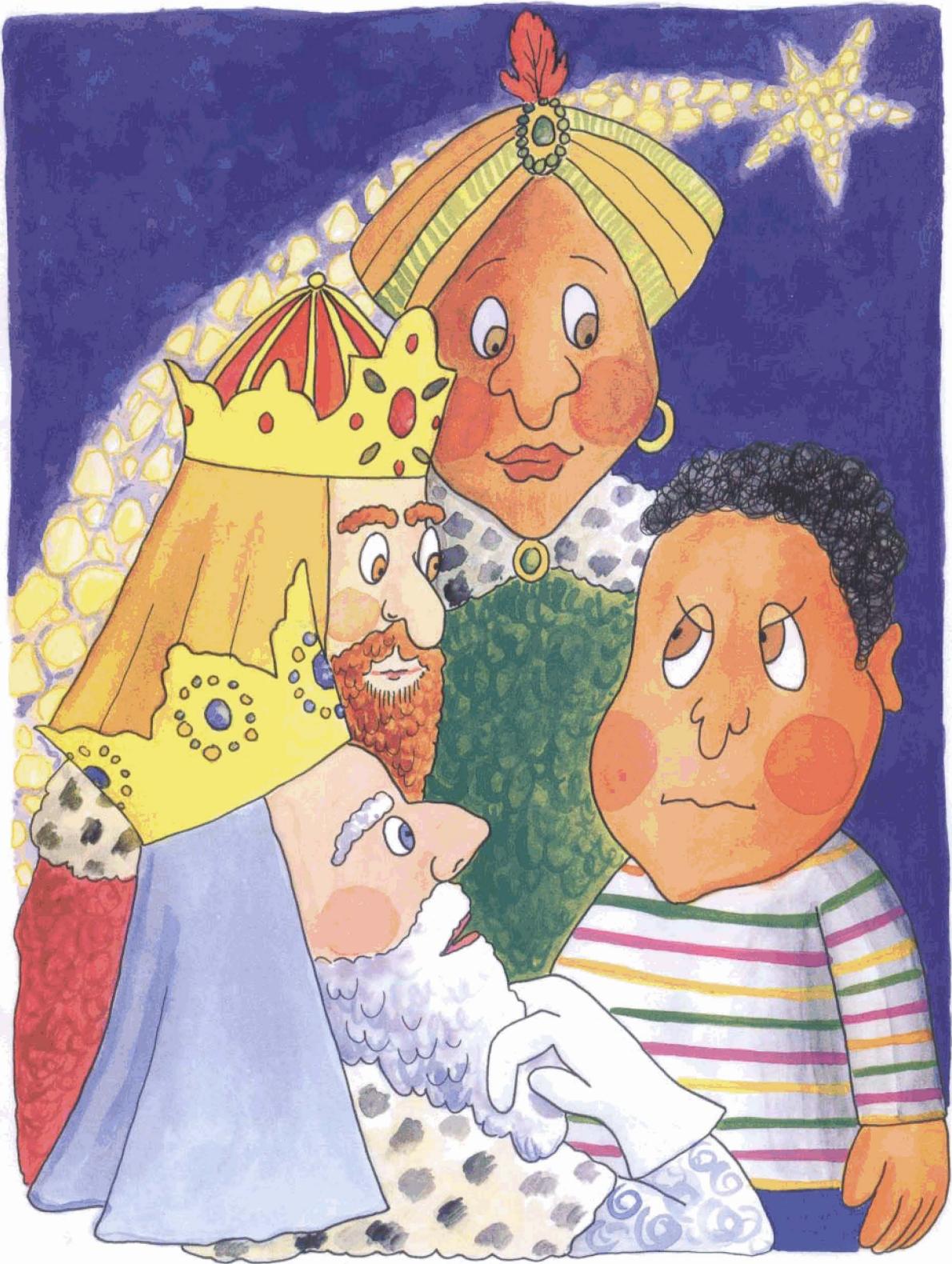
-Ya nunca volveré a ser una niña como antes, Rachid. Nadie que sea rico renunciaría a toda su fortuna por una ratita -decía desconsolada Renata.

A Rachid lo despertó una luz intensa que se colaba por una de las pequeñas ventanitas del molino. Era la luz de una gran estrella azul, sobrenatural. Se levantó del revoltijo de mantas en el que estaba recostado en el suelo y, al salir a la puerta, se dio de bruces con los tres Reyes Magos.

-No te asustes Rachid, que llevamos años buscándote -le dijo Melchor, mesándose la barba.

-¿Buscándome? ¿A mí? -replicó incrédulo Rachid.

-Si, verás -intervino Baltasar-. Por un error, en nuestra lista de niños tú todavía figurabas en Casablanca. Y claro, todas las noches de Reyes íbamos con los regalos a tu casa de Marruecos, y allí no había nadie. Menos mal que la estrella, que es la que siempre



nos guía, ha logrado al fin localizarte en este molino.

Rachid asistía boquiabierto a las explicaciones de los Reyes Magos. Lo que le daba vergüenza confesar es que, en todos estos años, había llegado a renegar de ellos. Cada vez que alguna vecina le preguntaba qué juguete le habían traído los Reyes Magos, Rachid contestaba malhumorado: "Yo no creo en esas cosas". Y ahora los tenía delante de él, con sus ropajes de terciopelo y bordados de oro y la corona de piedras preciosas, esmeraldas, zafiros y brillantes... Los tres Reyes Magos, al frente de una comitiva infinita de luces y colores tintineantes que se perdía en el cielo. Pero nada sorprendió más a Rachid de los Reyes Magos que sus ojos. Esa mirada de infinita bondad. Mirada de siglos. Mirada de comprensión. Mirada de ayuda.

-Bueno, veamos -exclamó finalmente el rey Gaspar-, como la culpa es nuestra, puedes pedirnos lo que quieras. Estamos los tres a tu disposición para reparar el daño que te hemos hecho sin querer. Para recompensarte de la soledad de todos estos años, pide lo que quieras y tus deseos se convertirán en realidad.

A Rachid le brillaron los ojos de alegría por primera vez en la noche. Se mordió los labios y no pudo reprimir que se le escapara una sonrisa nerviosa sólo con pensar en la cantidad de cosas que podía pedir. De pronto, sin embargo, se llevó las manos a la boca, como queriendo tapar su propia sonrisa, y volvió la mirada al molino. En un rincón, allí, seguía dormida su amiga Renata, en una cajita de paja.

-Ya sé lo que quiero: Que mi amiga Renata salga de su hechizo.

-¿Cómo dices? -exclamaron al unísono los tres Reyes Magos.

-Algo para romper el hechizo de mi amiga Renata -insistió Rachid.

-Rachid -le explicó Baltasar-, somos Reyes Magos, pero lo que nos pides es una cosa de brujas. Eso no podemos dártelo...

-Pues entonces, no quiero nada -contestó Rachid.

Más que marcharse, la larga comitiva de los Reyes Magos se deshizo en la noche. Pareció diluirse como un azucarillo de colores en aquel cielo negro salpicado de estrellas. Al quedarse solo, Rachid volvió al molino triste y cabizbajo. Pero cuando alzó la vista, no podía creerlo, allí estaba ella, Renata, tumbada en el suelo. Y ya no era una ratita, sino una princesa tan bella como nadie en el mundo.

Sin darse cuenta, Rachid había roto el hechizo porque, tal y como le dijo la bruja, él, que podía ser rico si se lo hubiera pedido a los Reyes Magos, renunció a todo por amor a Renata.



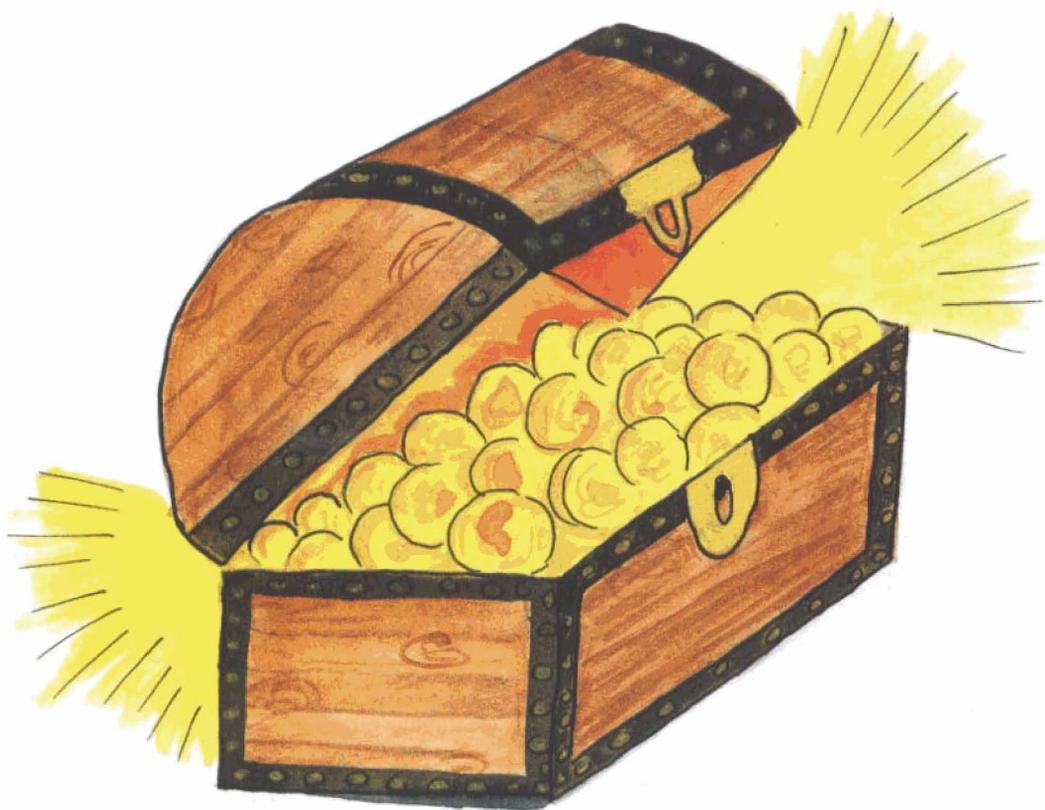


-Rachid, al fin lo has conseguido -dijo la Princesa-. Déjame mirarte, déjame que te abrace, amigo mío, porque yo sólo quería salir del hechizo para amarte. Eres un hombre bueno, Rachid, y mi único deseo era ser como tú para poder casarnos algún día y formar una familia. Si quieres...

- Renata -le interrumpió Rachid-, yo no tengo nada que ofrecerte. Soy pobre, ya ves... Y tú eres tan bella. Eres la Princesa de todos los sueños, la Princesa de las Cosas Sencillas, y muy pronto encontrarás a alguien con mucho dinero que te hará feliz.

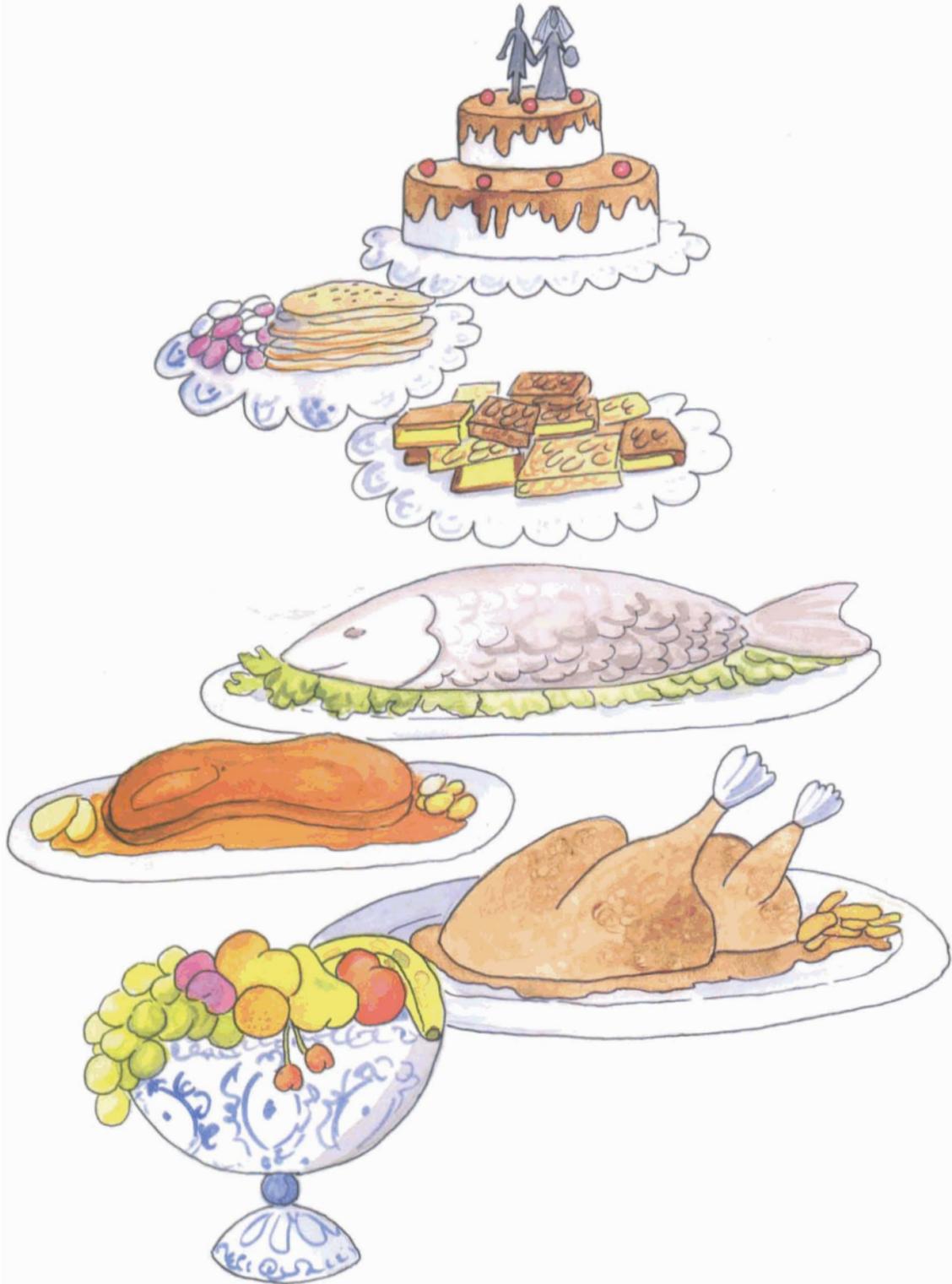
-Sólo a tu lado seré feliz. No necesito más que tu amor. Tú serás el mejor Príncipe de las Cosas Sencillas, porque ése es mi reino, Rachid, el de las caricias, el del pan con chocolate, el de los cuentos al atardecer, el reino de la amistad. -y tomándolo del brazo salieron del molino para respirar la noche.

Al salir, casi se tropiezan en la puerta con un cofre pequeño, que le habían dejado los Reyes Magos. Rachid se agachó a recogerlo, y pesaba tanto que no pudo levantarlo del suelo. Al abrirlo, el brillo de las monedas de oro iluminó a la Princesa, con un largo vestido de brocados de seda, el cabello rubio y los ojos tan verdes que a Rachid le parecieron campos de trigo en los que podría perderse jugando entre las espigas.



Pasaron los años y, cuando Rachid cumplió la mayoría de edad, se casó con Renata. Y cuentan algunos que nunca habrá otra boda en Alcalá como aquella, porque invitaron a todo el pueblo con el dinero del cofre que les habían dejado los Reyes Magos. La mesa del banquete recorría todas las calles, doblaba las esquinas y llenaba las plazas. Mesas repletas de grandes bandejas de perdices, solomillos y pescados, y de fuentes enormes de fruta, turrónes, tortas y peladillas.

Y colorín colorado, este cuento, se ha acabado.



Javier Caraballo
(Alcalá de Guadaíra)



Javier Caraballo Ordóñez nació en Alcalá de Guadaíra, en la cuesta del Rosario en la que sigue viviendo, hace ya 40 años. Desde pequeño, a Javier le gustaba hablar, contar historias y, sobre todo, escribir.

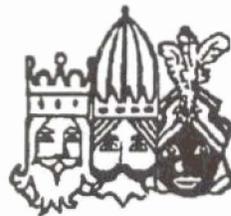
Quizá por eso cuando se hizo mayor y acabó de estudiar en los Salesianos y en el Instituto, lo que decidió fue hacerse periodista. Y lo consiguió. Desde muy joven, después de estudiar en la Universidad Complutense, ha trabajado en la radio y en la prensa, que son sus dos grandes pasiones: la conversación y la escritura. En la actualidad, Javier Caraballo trabaja en el periódico EL MUNDO, del que es redactor jefe, y en la radio colabora en algunas tertulias de Onda Cero, como "La Brújula" o "Herrera en la Onda". Cuando le encargaron este cuento, lo primero que tuvo claro fue a quién se lo iba a dedicar: a sus dos hijos, María y Antonio. Aunque en la memoria siempre le queda una lista interminable de seres queridos, unos que siguen llenándole de sentido cada día y otros que permanecen vivos en su memoria, a los que abraza con cada palabra escrita.

Juan Lamas Rodríguez
(Alcalá de Guadaíra)



Quién conoce a Juan Lamas Rodríguez, sabe que hay dos cosas que no ha abandonado desde que nació en Alcalá de Guadaíra en 1971: el alma de niño y el amor por el arte.

Los primeros que lo supieron fueron los Reyes Magos, que le dejaban en casa de su abuelo Manuel una acuarela y unos lápices con los que Juan hizo sus primeros dibujos. Pero la vocación en la pintura no sería nada sin la técnica, y por eso Juan se esforzó en sus estudios en la Facultad de Bellas Artes de Sevilla y, luego, en la Universidad de Salamanca, donde logró un máster en Diseño de interiores. Así, con vocación y técnica, obtuvo luego el reconocimiento de una Mención de Honor en el Premio Nacional de Pintura, sección local. También fue durante cuatro años profesor de dibujo de Enseñanza Secundaria. En el año 2001, realizó el cartel de la Cabalgata de Reyes de Alcalá. Ahora es feliz decorando espacios y pintando en su estudio. Sus dibujos en este cuento, con los que cumple una ilusión, se los dedica a todos los niños, pero en especial a cuatro: Juan, Rocío, Pilar y Lucía. Y a todas aquellas personas que le hacen feliz cada día.



Patrocinan:



Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra

- FIESTAS MAYORES
- CULTURA Y DEPORTE



LAREVISTADEALCALÁ

